

Nuestro catolicismo, nuestro cristianismo, está hoy, no cabe duda, bajo el signo del cambio, la crisis y la duda. Mil acontecimientos diarios se levantan de todas partes, que parecen asediarnos como bombardeo continuo de noticias e ideologías que desde dentro nos hacen repensar continuamente los mismos fundamentos de nuestra fe. Desde dentro, porque nos son "enemigos externos" los que ponen en duda la verdad de las creencias recibidas, es la misma Iglesia en sus teólogos y hasta en su Jerarquía la que parece replantearse lo que ya creíamos definitivamente resuelto. Una revolución doctrinal parece producirse y son muchos los que ante las circunstancias actuales se preguntan: ¿se pierde la religión?

No hace mucho, un grupo de seculares holandeses, escandalizados ante el nuevo catecismo holandés, pedían a Pablo VI su desaprobación. Veían en él: expresiones ambiguas sobre la Virginitad de María, la negación de que el pecado original se nos haya transmitido por una reproducción fisiológica de la humanidad y desde un sólo antepasado, la afirmación de que en la Eucaristía el pan y el vino adquieren solamente un nuevo significado y virtualidad, la creencia de que la Iglesia católica coincide en todo con el protestantismo, pero no viceversa, el abandono de la doctrina sobre la natalidad expuesta en la encíclica de Pío XI "Casti Connubii", la no mención, e incluso en una ocasión la negación de la creación del alma en el origen del hombre, la duda sobre la existencia de seres angélicos.

fe: quehacer y problema

blas lópez molina

Catálogo de inquietudes, que junto a otras, van apareciendo, con un signo o con otro, con una mentalidad u otra, en los mismos periódicos y revistas de divulgación al alcance de todo el mundo.

La revista "Time" (31 Marzo de 1967, publicado en el número de "ABC" del 21 de Junio), haciéndose eco de este quehacer interno de la Iglesia, en su apartado dedicado a la religión, dedicaba un artículo a "La radical, revolucionaria Iglesia de Holanda". En el marco sensacionalista, sin matizaciones, sin valor teológico alguno de esta revista de divulgación internacional, se exponían al gran público bajo el signo de la interrogación corroborada por el nombre de prestigiosos teólogos católicos muchos de estos problemas que acucian al pensamiento católico de hoy día tanto en el campo dogmático como en el de la moral. Comentaba "Time":

“La ortodoxia es la tragedia del Cristianismo” dice el Rev. Joos Arts, sacerdote editor del semanario católico llamado “De Nieuwe Linie”. “Lo que nosotros necesitamos es repensar todos los basamentos del Cristianismo. Debemos salirnos fuera de los esquemas formales del dogma de la Iglesia católica”. Metódicamente los teólogos holandeses están haciendo esto. . .”

Y terminaba “Time”:

“Aunque los Obispos han advertido públicamente contra los excesos de la reforma, han tolerado, en efecto, el radical planteamiento de la doctrina que se está llevando a cabo y han respaldado a muchos sacerdotes cuyos puntos de vista les han enfrentado a Roma. “Es siempre bueno para la Iglesia avanzar” —dice Alfrinks—. “No es bueno que la Iglesia se estanque”.

Pero no es sólo la Iglesia de Holanda. “Tenemos la impresión —escribe J. Donald Thorman, director del “National Catholic Reporter”, en la revista “America” (14-Enero-1967)— de pisar en falso, esperamos, nos admiramos con lo que va a suceder próximamente. Es la época de la interrogación. Palpamos que no tenemos respuesta para todas las preguntas que se plantean al hombre. Ni siquiera estamos seguros de conocer todas las auténticas cuestiones”.

Según Thorman, un diez por ciento de los católicos estadounidenses están indignados con la Iglesia, la acusan de hacer fracasar su vida en sus mejores esperanzas y que están a punto de abandonarla al menos como institución. Otro diez por ciento se irrita contra la Iglesia por el extremo opuesto: la Iglesia, según ellos, ha ido demasiado lejos, se está protestantizando a expensas de la doctrina tradicional. Un sesenta por ciento, la mayoría, tras unos años de entusiasmo conciliar, se vuelven de espaldas y esperan pasivamente el futuro. Finalmente, un veinte por ciento se desespera mostrando su impaciencia ante la lentitud con que la Iglesia se orienta a la realización de las disposiciones y del espíritu del Vaticano II. Muchos católicos y católicos practicantes se enfrentan hoy a esta crisis, crisis de incredulidad por lo menos en ciertos aspectos de su Cristianismo, y se tambalean en gran parte. No tienen una respuesta segura para el interrogante: ¿Qué significa ser un católico cristiano?

Inglaterra también está bajo el signo de la crisis. “La Iglesia está atenazada por el miedo, la inseguridad y la ansiedad, cosas que llevan a la intolerancia y a la falta de amor”, decía en Enero pasado Charles Davis, teólogo y perito conciliar del cardenal Heenan en el Concilio, para justificar su decisión de abandonar la Iglesia.

Y el P. Herbert McCabe, dominico, en su editorial de “New Blackfriars”, en Febrero, comentaba: “Estas acusaciones (de Davis) me parecen muy bien fundadas, y su verdad será admitida, en general, por los católicos ingleses”.

Las palabras de Charles Davis, llevadas al gran público, especialmente a través del periódico “The Observer” (1-Enero-1967), han recorrido después casi toda la prensa mundial. Sus frases son lapidarias y duras y llevan la inquietud a las conciencias, a la vez que expresan el sentimiento profundo, escondido, de otras.

“En lo que concierne al cristianismo institucional —afirma Davis— falta simplemente un fundamento bíblico suficientemente sólido sobre el que sea posible erigir una estructura de la amplitud requerida por las pretensiones católicas romanas”.

“Yo estoy obligado a admitir que el Papa es prisionero de un sistema de corte vetusta, donde la verdad es maniatada según la política, donde la discusión libre es siempre sospechosa y donde las declaraciones doctrinales son siempre el resultado de maniobras”. Es “la prostitución de la verdad”.

“Mi experiencia personal ha destruído para mí la credibilidad de la Iglesia oficial como modo de la presencia cristiana en el mundo. La Iglesia de Cristo es esencialmente la visibilidad de la gracia, esto es, el modelo visible y el testigo de esta comunicación interpersonal que es el don de la salvación. Por definición la Iglesia cristiana debe ser el modelo de las relaciones humanas y de la comunidad humana. Cuando yo veo la Iglesia oficial, en su estructura y su actividad, destruir las relaciones auténticamente humanas, yo no puedo aceptarla como la encarnación de la gracia. . .”

Y sin embargo, a pesar de la dureza de estas frases, muy pocos comentaristas, de los muchos que se han levantado, rechazan o descalifican a Charles Davis, Monseñor Roberts, antiguo arzobispo de Bombay, expresa la tónica general de ellos al reconocer que Charles Davis “ha tenido razón en muchas de las cosas que ha dicho”, si bien añadía “evidentemente no se puede ayudar a un navío en dificultad, abandonándolo”.

Y el Dr. Hans Küng ha comentado a través de Radio Luxemburgo: “La mayor parte de las razones de Davis son fundadas. Pero ellas no son suficientes a hacerme abandonar la Iglesia. Hay una diferencia fundamental de actitud entre él y yo, él ha perdido la esperanza y yo, por el contrario, tengo esperanza, y bien fundada después del Concilio, mejor fundada que antes, de que alcanzaremos el éxito, como ya lo hemos logrado en muchas cosas. Nosotros conseguiremos remediar las deficiencias”.

El creyente que vive hoy consciente de su fe, no puede quedarse en una actitud pasiva, retraída, medrosa, ante este movimiento universal de ideas y sentimientos, este estallar de nuevas búsquedas cargadas de ansias profundas, purificadoras, de nuevas expresiones de una fe antigua, ante este reencarnarse y dar a luz con dolor la nueva vida de un cristianismo que rompe ataduras y anquilosamientos, y todavía balbucea, equivocándose muchas veces, como el primer hablar de un niño. Pero en él está la esperanza de una nueva vida en desarrollo.

En efecto, estamos demasiado acostumbrados a vivir nuestra fe y vida cristianas dentro de unos encasillados estáticos de proposiciones y leyes recibidas, sin tener suficientemente en cuenta que la revelación, la comunicación de Dios a los hombres, la verdad, la fe, que nos salva, es una historia, una historia de salvación y comunicación progresiva.

Por eso, la Iglesia, hoy, se vuelve hacia sus fuentes, hacia el mar profundo de la palabra de Dios, que se nos ha manifestado de un modo particular en la Biblia, y trata de buscar en ella el fundamento mismo de

su modo de pensar y de ser; el pensar y el actuar de Dios que se nos ha manifestado.

Y el primer hallazgo, en el encuentro con la Palabra de Dios que se nos ha ido manifestando a través de los siglos, es que Evangelio, la buena nueva que nos salva, no significa una doctrina abstracta, sino que fundamental y esencialmente es un acontecimiento, el acontecimiento de que con la venida de Jesús ha tenido el tiempo su plenitud y de que con su palabra y su obra se ha acercado el Reino de Dios.

Nuestra fe es esencialmente la fe de un encuentro con Cristo que compromete toda nuestra persona, es vivencia. Vivencia, que sin ser anti-intelectual, no puede nunca dejarse apresarse adecuadamente en fórmulas, porque sobrepasa toda expresión, que quedará siempre como una verdad a medias, como un balbucir inadecuadamente la vida que late allá dentro. Es como la formulación en palabras forzosamente siempre inexactas del amor de dos enamorados. El corazón no se deja encerrar en un puñado de conceptos. Y como la seguridad de ese amor no se basa en las expresiones verbales que obtenga, sino en su mismo ser interior, tampoco la seguridad de la fe puede estar basada en formulaciones externas, sino en la vitalidad interior del encuentro y la amistad de Cristo.

Por eso muy bien afirma W. Kasper que “puede haber herejía no sólo por la negación de fórmulas de fe ya fijadas de antemano, sino también por el obstinado mantenimiento de las mismas en una nueva situación de la confesión de la fe, en la que la antigua fórmula se ha hecho insuficiente y se presta a confusión, debiendo por tanto ser comprendida de nuevo” (“Concilium” Enero 1967).

Si una formulación ya no expresa lo auténtico de la fe, si llega a desvirtuar la experiencia vital, cargada de sentidos, del encuentro y la amistad de Cristo, esa formulación habrá de ser retocada, deberemos buscar su perfeccionamiento hasta que, dejando a un lado lo que ya no vale —nuestro hablar es siempre imperfecto e inexacto— encontremos la expresión que se adecue mejor con nuestra fe. Y en este cambio ella no habrá sufrido nada porque lo importante es lo que se vive, lo menos importante su expresión, que, sin embargo, siempre será una luz y una guía en nuestra búsqueda.

El diálogo con el mundo moderno iniciado por el Concilio Vaticano II, mundo afectado por una radical transformación espiritual que llega a las raíces de nuestro pensar, el movimiento ecuménico, la moderna exégesis bíblica, entre otros muchos factores, nos llevan a repensar las fórmulas en las que se ha expresado nuestra fe, para ver lo que en ellas es expresión imborrable de ese encuentro con Cristo, sucedido una vez y repetido perpetuamente en el seno de la Iglesia, y ver también aquello que no lo es.

Porque “el dogma no sólo es una expresión humana inadecuada, balbuciente en relación con el misterio divino, sino que está también influido por el hecho de que la Iglesia es siempre una Iglesia de pecadores. Por eso puede un dogma ser verdadero y, sin embargo, ser enunciado de forma apresurada, presuntuosa, históricamente culpable, ambigua, ten-

tadora, indiscreta, y puede poner en determinadas circunstancias al hombre en una situación que no le es adecuada" (W. Kasper).

Esto nos lleva a hablar de un segundo hallazgo en el encuentro con la palabra de Dios manifestada a través de los siglos. Hallazgo íntimamente ligado al primero. Y es que la verdad salvadora del mensaje de Dios, que vital e infaliblemente se nos comunica a nosotros en el encuentro amical de la fe en Cristo en el seno de la Iglesia, en su expresión, comprensión y transmisión humanas está rodeada de historia.

Históricos son los conceptos, las palabras en que se nos ha transmitido: son palabras, que antes de incorporarse al mensaje de salvación, tenían un sentido, guardaban una significación concreta para los hombres de su tiempo, y que con el correr de los años han podido irse cargando de un sentido que no era el que les pertenecía. Labor nuestra es buscar su primitivo sentido y traducirlo exactamente al lenguaje del hombre de hoy.

Histórico es también todo el ropaje externo de forma, ideas, costumbres, usos, soluciones concretas a situaciones pasadas, problemas encarnados en un tiempo, con el que el auténtico mensaje de salvación ha llegado hasta nosotros. La fe ha dialogado con cada cultura y se ha encarnado en ella y en este estado de encarnación en el pasado la hemos recibido. Si queremos ser fieles a ella hemos de bucear a través de ese ropaje de siglos para encontrar lo auténtico, desnudo, y vestirlo, si se quiere y así habrá de ser, si ha de significar algo para nosotros, de nuestro modo de pensar y sentir, de nuestro ser cultural.

Histórico es el mismo manifestarse de la verdad salvífica, que no se nos dió de un solo trazo, de una vez para siempre, sino que fue una manifestación progresiva, lenta, a través de los siglos. Manifestación que no se reduce a una simple adición de verdades, sino que significa un irse "desarrollando paulatinamente, desde su propia dialéctica y dinámica interior, el todo del mensaje fundamental cristiano, y siempre cada uno de los elementos de este todo se muestra como dependiente de los otros, y va creciendo y cambiando juntamente con el todo, manteniendo a la vez su propia individualidad" (K. Rahner).

Manifestación progresiva de la verdad que, si bien alcanzó su punto culminante en Jesucristo y se cerró con el último de los apóstoles, se mantiene todavía abierta en sus infinitas virtualidades como respuesta a la situación cultural, religiosa y profana de cada época. Virtualidades que todavía no habían sido descubiertas. Y cada nuevo conocimiento supone, en alguna manera, un cambio en el todo, aporta nuevas perspectivas, plantea nuevos problemas cuyas soluciones modifican los conocimientos ya dados previamente.

Nuestra fe, nuestra vida cristiana, es historia, se ha encarnado en el transcurrir histórico humano, se ha incorporado, haciéndolos propios la cultura, el pensamiento, el lenguaje de muchos siglos de historia humana. Tenía que hacerlo porque ella es la interpretación global de la existencia humana y ha de encontrar al hombre en la carne concreta de su historia. Hay ahí un valor, un título de triunfo, pero a la vez una señal de peligro: el de un posible estancamiento en fórmulas, expresiones que ya perdieron su sentido. La fe ha sido siempre, en su correr de siglos, fiel a sí misma en su verdad más profunda, pero en las sucesivas encarnacio-

nes históricas se ha ido necesariamente mezclando con las "impurezas" del tiempo. Y esas "impurezas" no pueden tener ya para nosotros el mismo valor de fe. Fórmulas teológicamente irrenunciables han ido acompañadas de elementos que hoy se nos presentan justificadamente como problemáticos. La Iglesia "es también una Iglesia discente, porque en su peregrinación a través de la historia avanza todavía por el camino de la verdad. Ella se ve conducida al interior de toda verdad por el espíritu de Dios que la asiste. Pero también es cierto que este espíritu la conduce siempre de nuevo hacia la verdad que ya posee, precisamente por medio de su encuentro con la nueva situación histórica". (K. Rahner. Cfr. Seleccionces de Teología n. 22).

Nuestro catolicismo de hoy está bajo el signo del cambio, de la crisis, del replanteamiento profundo de nuestra misma fe. Pero ese replanteamiento no es un signo de pobreza y decadencia. Es señal de fuerza, de pujanza, de vida.

Por eso el cardenal Alfrinks puede decir a los teólogos holandeses: "Es siempre bueno para la Iglesia avanzar. No es bueno que la Iglesia se estanque". Y ellos tratan de ahondar en las raíces de nuestra fe, en la palabra de Dios, para ver qué es lo que de verdad Dios nos reveló allí, la verdad que nos salva, y qué es lo que es sólo expresión de una cultura y un tiempo, restos de un marchar histórico, que habrá que dejar en el camino.

Por eso Charles Davis puede quejarse, y con razón, de una estructura eclesial, heredada de un pasado, que al sobrepasar sus verdaderos fundamentos bíblicos y no encarnar la humildad, la verdad, la pobreza, el amor evangélicos, en toda su sencillez, deja de ser, al menos en gran parte, encarnación visible de la gracia y de Cristo, modelo y señal para los hombres de nuestro tiempo.

Por eso podemos decir a todos aquellos que temen, que no es un sentimiento de decepción y hundimiento el que debe prevalecer en nosotros. Hay motivos suficientes, como decía Hans Küng, para esperar, pensar que es el Espíritu quien nos guía hacia la verdad integral, y es más bien un sentimiento de liberación profunda el que nos va invadiendo cuando tanto en el terreno del dogma como en el de la moral descubrimos que es aquello que verdaderamente hay que retener y deshechamos lo que ha resultado ser sólo restos de un tiempo pasado.

Hay que destruir esa tímida y falsa actitud de muchos católicos de hoy que creen que no pueden pensar y opinar sobre su fe, y que si su pensamiento no coincide en todo con el de la Iglesia oficial ya están en la herejía, fuera del catolicismo. Todos somos Iglesia y tenemos derecho a repensar nuestra fe y exponer lo que sentimos. Lo que es absolutamente necesario es que sintamos nuestra fe como quehacer, como problema. Que no nos sintamos ya seguros e inmóviles, sino que estemos constantemente a la escucha de la Palabra de Dios. Esa palabra de Dios presente en los libros sagrados y viva, hoy, en nuestra comunidad cristiana. El Magisterio eclesiástico será una luz fundamental e importante en nuestro camino, pero no un opio que impida nuestro esfuerzo y búsqueda personal. Todos somos Iglesia en búsqueda de la verdad integral que es Cristo.